







JOAN SANCHIS

CUATRO DÍAS

TRABAJAR MENOS PARA VIVIR EN UN MUNDO MEJOR

Traducción de
Alberto Haller



BARLIN LIBROS
PENSAMIENTO AL MARGEN





Primera edición: septiembre 2023

Título original:

Quatre dies. Treballar menys per viure en un món millor

© 2022, Joan Sanchis
© 2023, de la traducción
Alberto Haller
© 2023, de la cubierta
Irene Bofill
© 2023, de esta edición
Barlin Project SL

Dirección editorial:
Alberto Haller

Publicado por:
BARLIN LIBROS
Avda. Balears 61-20
46023, València

Thema: KJMT | JHBL | KJD
ISBN: 978-84-125763-8-2
Depósito legal: V-1872-2023

editorial@barlinlibros.org
www.barlinlibros.org

La edición original de esta obra fue publicada en catalán en el mes de febrero de 2022 por parte de Sembra Llibres Coop. V.

La traducción de esta obra ha recibido una ayuda del Ministerio de Cultura y Deporte, a través de la Dirección General del Libro y Fomento de la Lectura.



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares del *copyright*, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO si necesita fotocopiar o escanear cualquier fragmento de esta obra.





EL TRABAJO Y LA JORNADA LABORAL. UNA PERSPECTIVA HISTÓRICA

Una extraña locura posee a las clases obreras de las naciones en las que reina la civilización capitalista. Esta locura comporta toda una serie de miserias individuales y sociales que, desde hace dos siglos, torturan a la triste humanidad. Esta locura es el amor al trabajo, la pasión moribunda por el trabajo, acometida hasta la extenuación por las fuerzas vitales de los individuos.

PAUL LAFARGUE

¿Te has parado alguna vez a pensar qué significa para ti tu trabajo o tu profesión? ¿Por qué la ejerces, o por qué le dedicas tanto tiempo? Es probable que te resulte una pregunta bastante difícil de responder. ¿De qué modo, si no, podríamos mantenernos y cubrir nuestras necesidades más básicas, como la alimentación o la vivienda? Es muy posible que, como para la gran mayoría, tu puesto de trabajo sea un medio a través del cual poder asegurarte la supervivencia económica y, al mismo tiempo, una forma de identificación social mediante la cual asumas un determinado rol.

Cuando conocemos a alguien y nos pregunta: «y tú, ¿a qué te dedicas?», es evidente que no se refiere a nuestra pasión por la lectura, o al hecho de que nos guste tocar el piano o hacer yoga por las mañanas. Nos pregunta por una actividad casi siempre remunerada y que encaje en la noción contemporánea de aquello que puede considerarse un trabajo *de verdad*. Soy médico, soy





abogado... Nuestra principal fuente de ingresos, sí; pero también, en cierta manera, nuestro documento de identidad, que nos otorga el privilegio de ser reconocidos socialmente.

En este sentido, resulta muy sencillo darse cuenta del modo en que nuestra sociedad se encuentra, casi en su totalidad, organizada en torno a la glorificación permanente del trabajo y del éxito profesional. Todo se orienta en este sentido. Ya desde pequeños nos señalan, de manera más o menos sutil, que debemos escoger una profesión y que nuestro futuro dependerá, en última instancia, de la decisión que tomemos. Las posibilidades económicas de las que dispondremos, cómo nos valorarán las personas de nuestro entorno... No avanzar en esta dirección supondrá, de manera inevitable, hacerlo hacia el fracaso, la irrelevancia, un camino problemático que es imposible prever cómo puede acabar. Pensad en la cara de preocupación de un padre o una madre cuando su hija les comunica que quiere ser actriz, cantante, pintora... Nada más que añadir.

Las consecuencias de esta ética del elogio constante al trabajo remunerado que la gran mayoría tenemos interiorizado son más que evidentes. Quienes podemos considerarnos afortunados dedicamos buena parte de nuestras vidas y tiempo a una profesión que puede gustarnos más o menos, puede ser más o menos precaria, pero nos permite sobrevivir y ser plenamente reconocidos a nivel social. En cambio, quienes no tienen un trabajo remunerado, porque no quieren o no pueden tenerlo, quedan condenados al ostracismo, al cuestionamiento permanente y padecen serias dificultades para integrarse de manera exitosa en la sociedad.

Aunque pueda sorprendernos, las cosas no siempre han sido así. Lo que entendemos como trabajo o empleo se ha transformado mucho a lo largo de la historia de la humanidad. Tanto que, si rastreamos un poco el devenir histórico del concepto, nos daremos cuenta de que es posible encontrar ideas divergentes, e incluso contradictorias, sobre cuál es el valor del trabajo, su utilidad o la consideración que debemos conceder a las personas que lo ejercen. Aunque una cosa es segura: la disyuntiva entre el tiempo que dedicamos al trabajo y el que disponemos para nues-





tra propia vida es un campo de batalla recurrente; un escenario de conflicto capaz de desencadenar revueltas y luchas sociales que posibilitaron la consecución de derechos y libertades que hoy en día damos por sentado.

SÁLVESE QUIEN PUEDA

De los más de trescientos mil años que los *Homo Sapiens* llevamos habitando la tierra, buena parte de ellos nos los hemos pasado tratando de evitar el tener que trabajar. Y no es así porque seamos holgazanes por naturaleza, o porque queramos huir de nuestras responsabilidades. Sencillamente, hasta hace unos diez mil años no comenzamos a encontrarle el sentido a tener que trabajar más tiempo del estrictamente necesario. Nunca nuestro prestigio social o nuestra autoestima dependieron de este hecho. Más bien al contrario.

Las sociedades paleolíticas de cazadores-recolectores, que habitaron la tierra durante al menos el 90 % del tiempo de la historia de la humanidad, trabajaban poco. Muy poco, de hecho. Cerca de unas quince horas semanales, según el consenso mayoritario entre historiadores y antropólogos. No tenían ningún motivo para que fuese de otro modo. Una vez cubiertas las necesidades más inmediatas, consistentes básicamente en alimentarse, ¿para qué seguir cazando o recolectando alimentos que, además, a los pocos días estarían en mal estado? ¿Y qué sentido tenía acumular de manera indefinida, cuando cada día era posible encontrar nuevas oportunidades? Para las sociedades nómadas, las respuestas a estas preguntas eran más que evidentes.

Como explica el antropólogo británico James Suzman en su libro *Trabajo. Una historia de cómo empleamos el tiempo* (2021), el problema de la escasez y la necesidad de abastecimiento no existió hasta la llegada de la revolución agrícola y el proceso de neolitización. —De hecho, aunque pueda parecernos extraño, estos problemas siguen sin existir en algunas sociedades indígenas. Es el caso, por ejemplo, de la tribu de los ju/'hoansi, en África; objeto de estudio y análisis en la obra de Suzman—. Pero como





decíamos, es precisamente con el desarrollo de la agricultura cuando los seres humanos comienzan a verse sometidos a la incerteza derivada de la invariabilidad de los ciclos de las cosechas, y la no coincidencia entre los períodos de siembra y recogida de alimentos. Aparece así la necesidad de introducir estrategias para el avituallamiento, y la conveniencia de acometer toda una serie de labores agrícolas de manera periódica, aunque estas no conlleven la obtención de gratificaciones inmediatas.

Y al igual que nuestros antepasados más lejanos, las primeras grandes civilizaciones organizadas de la humanidad también mantuvieron en buena medida la aversión al trabajo. En la Antigua Grecia, cuna de occidente, el trabajo físico fue habitualmente desdeñado, y se consideraba que cabía evitarlo siempre que fuera posible. Las labores necesarias para la supervivencia, como el cultivo de alimentos o la elaboración de productos manufacturados, se delegaba por lo general en los esclavos —o en las mujeres—, mientras las personas que detentaban la condición de ciudadanos libres tenían el privilegio de dedicarse a la política, las artes o la mera contemplación.

En este sentido, el trabajo en la Antigua Grecia era socialmente percibido como una condena o una desgracia para quien no tenía más remedio que ejercerlo. Era una muestra de fragilidad, que constataba la vulnerabilidad del ser humano frente a sus necesidades más primarias. Verse liberado de todos estos quehaceres considerados intrascendentes era imprescindible para poder obtener la consideración de ciudadano libre. O lo que es lo mismo: una persona digna de recibir una educación y de participar en las actividades más nobles de la *polis*.

Por lo que respecta a las labores domésticas, reproductivas o de cuidados, imprescindibles para la propia vida, eran desarrolladas en la práctica totalidad por las mujeres, siendo actividades que no merecían ninguna consideración, más allá de incardinarse en las lógicas de supervivencia de la propia unidad familiar. En este sentido, labores cuya percepción social no difería de las que ejecutaban las personas consideradas socialmente inferiores, como los esclavos. De hecho, las mujeres fueron las que elaboraban





casi de manera exclusiva el pan o los productos textiles en el ámbito doméstico hasta el siglo VI a.C.

Por ello, no es gratuito que el origen etimológico de la palabra economía —*oikonomia*, en griego— haga referencia a la gestión del «oikos», es decir: la gestión de la casa o la unidad doméstica. Desde esta perspectiva, el trabajo constituía un conjunto de actividades relativamente diversas, remuneradas o no, que eran necesarias para cubrir las necesidades familiares. Cuando la supervivencia material quedaba garantizada, ya fuera gracias a la obtención de una cantidad suficiente de ingresos, o al sometimiento de terceros —básicamente esclavos—, podía rechazarse el trabajo de manera entusiasta.

En otro orden de cosas, las actividades artísticas, la educación o la política no eran percibidas realmente como trabajo por la sociedad griega. Estas labores tenían un aura de prestigio, proveían de reconocimiento social y contribuían a la elevación del espíritu hacia el saber y el conocimiento. Nos hallamos, por lo tanto, frente a una noción muy selectiva y ciertamente interesada de aquello que podía ser considerado trabajo, que por lo general arrastraba connotaciones negativas.

Con posterioridad, los romanos seguirían el camino marcado por los griegos, heredando buena parte de sus ideas sobre el significado del trabajo. Las artes y la política continuaron siendo privilegio exclusivo de los individuos más acaudalados, permitiéndoles verse libres de la maldición que suponía el haber de soportar la actividad física. Sin embargo, sería a partir de entonces cuando comenzaría a resquebrajarse poco a poco la solidez de esta percepción. Fue el caso, por ejemplo, de las actividades de carácter artesanal, que requerían cierta destreza y conocimiento únicamente alcanzables con tiempo y dedicación. La percepción de estas actividades fue mejorando de manera paulatina, y los productos manufacturados comenzaron a ser reconocidos como obras singulares que garantizaban cierto estatus más allá del trabajo rutinario y mecánico.

En resumen, podemos concluir que, tanto para los griegos como para los primeros romanos, el trabajo, entendido desde su





naturaleza más primaria y material, constituía un hecho inherentemente negativo, a evitar siempre que fuese posible. Era, en esencia, una evidencia de necesidad, de dependencia e ineptitud que impedía orientar la vida hacia las actividades consideradas realmente importantes.

ORA ET LABORA

Con el auge del cristianismo en el Imperio Romano a partir del siglo I, las cosas comenzaron a cambiar de manera sustancial. La doctrina ética y moral judeocristiana otorgaba al trabajo una nueva dimensión divina. Seguía considerándose como un conjunto de tareas duras y desagradables, pero ahora, desde esta óptica renovada, se percibía como el precio justo que los seres humanos debían pagar por el hecho de haber caído en la tentación y haber sido expulsados del paraíso.

El trabajo físico comenzó a dignificarse y a entenderse como un elemento consustancial de la condición humana en tanto súbditos de Dios. No obstante, en el fondo siguió acarreado una connotación esencialmente negativa, como castigo o desgracia, aunque en esta ocasión como un mal impuesto con razón y sentido, que bien llevado podía conducir hacia la salvación y redención de los pecados.

Desde esta perspectiva, la condición de todos los grupos sociales quedó en cierta manera legitimada a través del trabajo. Con independencia de cuál fuera la actividad concreta o la posición social del individuo, cada persona tenía una misión divina asignada que debía acometer con el mayor grado de eficacia posible. Es por este motivo que muchas tareas, y en especial oficios creativos, que hasta el momento no habían sido consideradas como trabajo, empezaron a querer ser reconocidas como tal. Fue el caso concreto de los artesanos y de ciertas profesiones intelectuales.

Aún así, el ocio, las artes o la política siguieron gozando del favor de la sociedad romana, y constituían un símbolo de estatus y poder para quienes podían permitirse el lujo de dedicarse a ello. La idea de que cada cual debía esforzarse en función del lugar





que ocupaba socialmente estaba muy extendida. El sacerdote, el campesino o el esclavo, cada cual de acuerdo con sus supuestas virtudes —o con su lugar de nacimiento, todo sea dicho—, tenía su forma específica de *penitencia*. Obviamente, este relato era muy conveniente a la hora de legitimar los abusos, la desigualdad y el orden social establecido por los más poderosos.

Más tarde, durante la Edad Media, la hegemonía de este conjunto de valores que podríamos englobar como «ética judeocristiana del trabajo», acabó consolidándose de manera definitiva con la aparición de las sociedades feudales en Europa occidental. *Ora et labora* —reza y trabaja—, era la directriz que cualquier persona de bien había de seguir con tal de asegurarse tanto un lugar en la sociedad, como la salvación a ojos de Dios. El ocio y la inactividad comenzaron a percibirse de manera hostil, entendiéndose como vicios peligrosos que debían evitarse a cualquier precio.

Esta última idea, entendida de manera literal, generó, como podrá imaginarse, problemas en determinados ámbitos, como por ejemplo las órdenes religiosas que vivían en monasterios. Muchos de estos grupos se habían dedicado durante años y años de forma prácticamente exclusiva a la oración y a la contemplación, sobreviviendo gracias a las donaciones de los fieles y/o al sometimiento de personas menos favorecidas. Por ello, el teólogo Santo Tomás de Aquino hubo de sacarse de la manga una posible solución para tratar de resolver esta aparente contradicción. Así, recuperó la idea de Aristóteles que afirmaba la superioridad moral de la vida contemplativa sobre la vida dedicada a la actividad física. De este modo, la vida religiosa de los monasterios y otras instituciones religiosas que hasta la fecha habían rechazado el trabajo físico quedó plenamente legitimada al no estar orientados al ocio, sino a una finalidad considerada superior: el servicio a Dios.

Posteriormente, a partir del siglo XVI, la Reforma Protestante y la expansión del capitalismo a través del comercio acentuaría todavía más esta sacralización del trabajo y la consecuente crítica a la ociosidad. Se trata de un proceso que el sociólogo Max Weber





analizó de forma magistral en su obra *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1905). En ella, trató de identificar las razones por las cuales la sociedad de su época se sentía tan estrechamente ligada al trabajo, estando las personas dispuestas a cederle cada vez más tiempo de vida.

Para abordar su estudio, Weber rastreó los cambios en las lógicas económicas que habían dado lugar a la transición de una sociedad tradicional o precapitalista, a una moderna o capitalista. Según él, en la sociedad tradicional, un campesino representativo de su época trabajaba de manera estricta según un conjunto muy definido de necesidades. Cuando los objetivos marcados, consistentes normalmente en asegurar la supervivencia individual o familiar, quedaban satisfechos, la reducción del tiempo de trabajo y la consecuente obtención de tiempo libre pasaba a ser un asunto prioritario. La acumulación de riqueza, por tanto, solo tenía sentido si servía para deshacerse de trabajar. Dicho de otro modo, el campesino trabajaba para vivir, y no vivía para trabajar. Esto, si lo pensamos bien, resulta de una lógica totalmente intuitiva. ¿Quién querría agotar sus fuerzas, o arriesgar la vida en tediosas o peligrosas tareas, si ya tiene las necesidades básicas cubiertas?

Según Weber, esta percepción comienza a modificarse de manera sustancial con la irrupción de la ética protestante en Occidente. Cuando, en base a su análisis, empiezan a popularizarse ciertas creencias del cristianismo puritano que, hasta aquel momento, se limitaban en exclusiva a la vida monacal y a ciertos círculos eclesiásticos muy concretos. Expone como ejemplo las doctrinas deterministas del teólogo francés Juan Calvino, uno de los impulsores de la Reforma Protestante y padre del calvinismo. Este creía con firmeza que la realidad estaba predeterminada por Dios y, por tanto, el éxito en el trabajo era una muestra indubitable de gracia divina.

La idea de devoción a través del trabajo, sumada al endurecimiento de la crítica al ocio, impulsó como nunca la actividad económica y asentó las bases del tejido productivo y comercial que acabaría engendrando al capitalismo. Los trabajadores, mercaderes y artesanos comenzaron a esforzarse cada vez más a la





hora de ejecutar su trabajo de la mejor manera posible. Al fin y al cabo, el cielo estaba en juego, y el modo de traspasar el umbral de sus puertas era tratar de ser lo más eficientes y productivos posible. Y así, según el sociólogo, nació el denominado «espíritu del capitalismo». O lo que es lo mismo: la competencia sin contemplaciones y la obsesión por incrementar de manera permanente la producción. De este modo, el capitalismo se convertiría en una nueva ideología o ética de carácter secular, que contribuiría a pautar los comportamientos y modelar las expectativas vitales de los individuos.

TRABAJADORES DEL MUNDO, ¡UNÍOS!

Los inicios del siglo xx fueron excepcionalmente turbulentos. La inestabilidad e incerteza fueron la tónica dominante. Buena muestra de ello fue el estallido de la Primera Guerra Mundial, la Revolución Bolchevique en Rusia o el crack bursátil de 1929, que supuso el inicio de la Gran Depresión. Existían innumerables tensiones acumuladas en distintos ámbitos de la sociedad y la economía, y pronto el trabajo se convertiría en uno de los principales campos de batalla, tanto material como intelectual.

No obstante, cabe señalar que, con anterioridad, durante los siglos xvi y xix, la percepción dominante asociada al trabajo remunerado había sufrido una nueva transmutación. Gracias a la Revolución Científica y a los postulados liberales de la Ilustración, el trabajo comenzó a percibirse como un motor de progreso social; como un instrumento mediante el cual era posible una liberación absoluta del potencial humano. Se trataba de una idea vinculada principalmente a los grandes descubrimientos científicos de la época, que permitieron, por vez primera, imaginar un futuro en el que el ser humano era dueño de su destino a través del dominio de la naturaleza en su favor.

A la consolidación de esta concepción del trabajo como fuente de progreso y prosperidad contribuyó decisivamente el filósofo escocés Adam Smith, considerado habitualmente como el padre de la economía moderna. En su celeberrima obra *La riqueza de*





las naciones (1776), caracterizó al trabajo como una genuina fuente de riqueza para la humanidad, y al mismo tiempo la medida a través de la cual era posible asignar valor económico a bienes y mercancías. El economista David Ricardo consagraría años más tarde esta misma idea mediante su afamada teoría del valor, en la que equiparaba el trabajo y el coste con el precio natural que podía ser atribuido a toda mercancía. Así, para Ricardo, los diferentes precios de la fuerza de trabajo —salarios—, o su mayor o menor abundancia, era lo que motivaba los intercambios comerciales que se producían entre distintos países o territorios.

Gracias a la buena acogida de estas ideas, y la pujanza de las nuevas clases burguesas —comerciantes, artesanos...—, así como de otros actores que se vieron beneficiados por el incremento de la actividad comercial, pronto comenzaron a desarrollarse todo un conjunto de medidas cuyo objetivo era codificar legalmente el trabajo, organizarlo y facilitar la explotación como elemento productivo. Aparece, de este modo, la noción de trabajo remunerado o de empleo como elemento distintivo del capitalismo, glorificado como fuente de ingresos y proveedor de estatus social.

Estos cambios en el modo de percibir y organizar socialmente el trabajo fueron decisivos a la hora de sentar las bases sobre las que se fundaría la Revolución Industrial de los siglos XVIII y XIX. El trabajo remunerado se desligó definitivamente del ámbito doméstico, y la concentración de grandes fábricas dio lugar a la aparición de una nueva clase social: la clase obrera. De esta manera se gestó un nuevo sentido de pertenencia, que permitiría aglutinar los intereses y reivindicaciones del conjunto de asalariados. Al mismo tiempo, la creciente necesidad de desplazarse a un lugar concreto en una determinada franja horaria tendrá como consecuencia la aparición de una nueva disciplina empresarial que condicionará la retribución salarial a una determinada dedicación horaria en las instalaciones de una empresa. A partir de este momento, ya no será tan importante asegurar un nivel de producción concreto en términos individuales, como garantizar la presencia física de los trabajadores con tal de que la producción en las fábricas y grandes cadenas de montaje pueda funcionar adecuadamente.





Pronto, industria y trabajo asalariado se convertirían en sinónimos de prosperidad, a pesar de las duras condiciones y la precariedad inherente que a menudo predominaba en las fábricas. Ya no se trataba de ganarse el cielo trabajando ni de hacer penitencia; ahora lo verdaderamente importante era que el trabajo permitía asegurar cierto nivel de vida, así como la posibilidad de ocupar una plaza en el ascensor social que justo entonces comenzaba a moverse. Así, puede que, de manera ya definitiva, el trabajo comenzó a percibirse como un bien en sí mismo. Trabajar a cambio de un salario o acumular riqueza era parte indisoluble del nuevo espíritu de época, del capitalismo y de su nueva ética hegemónica. De este hecho, se derivó también la invisibilización permanente del trabajo doméstico no remunerado, y en particular de las labores reproductivas y de cuidados, ejercidas mayoritariamente por mujeres, y que quedaron desligadas de lo que socialmente era valorado y reconocido como trabajo.

En resumen, el empleo y el trabajo asalariado se convirtieron en un bien supremo que debía protegerse a cualquier precio. De hecho, buena parte de los derechos políticos y sociales comenzaron a ser determinantes a través del trabajo, y no por las propiedades o por la clase social a la que se perteneciese. Las amenazas al trabajo se trataban como una cuestión de vida o muerte. Buena prueba de ello fue el movimiento ludita, en Inglaterra, cuyo objetivo primordial era la destrucción de las máquinas que amenazaban el trabajo desempeñado por los seres humanos en fábricas. A medida que el capitalismo fue desarrollándose y la economía fue creciendo, las tensiones se tornaron cada vez más evidentes, cristalizando en nuevas ideas y reivindicaciones obreras que exigían poner fin a la precariedad y a las largas jornadas de trabajo que hicieron posible la Revolución Industrial.

El filósofo idealista alemán Friedrich Hegel creó a principios del siglo XIX una manera revolucionaria de explicar el curso de la filosofía y del mundo a través de la dialéctica. Esto supone, en esencia, la progresión de las ideas como solución a tensiones y contradicciones que parten de un equilibrio anterior. El pensador Karl Marx se sirvió de esta intuición de Hegel para implementar-





la en su análisis crítico del trabajo en la sociedad capitalista. Para él, el trabajo constituía principalmente la forma a través de la cual el ser humano se relacionaba activamente con la naturaleza y la transformaba. Ahora bien, cuando los frutos de este trabajo le eran arrebatados por un tercero —en este caso el propietario de los medios de producción—, el trabajador corría el riesgo de verse afectado por cierto estado de extrañeza o alienación. El trabajo, por tanto, podía ser un elemento de liberación o empoderamiento, aunque también de opresión a gran escala.

Marx puso nombre y apellidos a la problemática que se vivía en las fábricas y, además, planteó las contradicciones y tensiones existentes como oportunidades que permitirían poder decantar la balanza en favor de los trabajadores. Sus ideas influyeron de manera acentuada en la sociedad, la economía y la política de los siglos XIX y XX, y contribuyeron a alumbrar al comunismo, el socialismo y los movimientos sindicales. Se consolidaron una fuerte conciencia de clase y un activismo transformador vinculados al trabajo, que se materializarían en huelgas, revueltas y acontecimientos tan significativos como la Revolución Rusa de 1917. Buena parte del siglo XX quedaría marcado por estas tensiones, que culminarían en una regulación más estricta del trabajo, nuevos derechos laborales y la progresiva puesta en marcha del estado de bienestar europeo después de la Segunda Guerra Mundial.

A modo de conclusión, podemos afirmar que durante todo este período se asentó una nueva visión más utilitarista, materialista e incluso política del trabajo. Así, las directrices de carácter ético o religioso quedaron obsoletas o latentes, pasando a un segundo plano, si bien nunca llegaron a desaparecer del todo.

TIME IS MONEY

«Time is money» —El tiempo es oro—, sentenció Benjamin Franklin, uno de los padres fundadores de los Estados Unidos, en un ensayo publicado en 1748. Como hemos visto en el apartado anterior, con la llegada de la industrialización y la creciente concentración en fábricas de la fuerza de trabajo, se extendió la





necesidad de implantar controles sobre la presencia física y la dedicación horaria de los asalariados. Con este propósito, aterrizaron en las fábricas relojes, timbres, campanas y todo tipo de artefactos y medidas orientadas a organizar el trabajo. El tiempo y las señales horarias se erigieron, así, como los verdaderos señores de las fábricas.

De manera paradójica, a pesar de los increíbles avances del período en cuanto a productividad y crecimiento económico, el tiempo dedicado al trabajo asalariado se incrementó de manera sustancial. Un cazador-recolector paleolítico, o un campesino de la Edad Media, como ya hemos expuesto antes, tenía unos objetivos determinados de producción. Cuando los satisfacía y tenía lo suficiente para subsistir, ya había acabado. Ahora, en cambio, el salario de un obrero industrial dependía de pasar un tiempo determinado en la fábrica, y, además, bajo la lógica del capitalismo, la idea de acumular dinero y consumir cobraba sentido por primera vez en la historia. De ese modo, la jornada de trabajo habitual durante este período se extendía a lo largo de toda la semana, pudiendo durar cerca de doce horas diarias o incluso más. Adultos, pero también menores.

En este contexto de abuso y explotación, comienzan a aparecer en Europa desde principios del siglo XIX toda una serie de reivindicaciones obreras dirigidas a regular y promover la reducción de la jornada de trabajo. En 1815 se fundó en Inglaterra el Movimiento por las 10 Horas, impulsado por el industrial y activista Robert Owen. El resultado de esta reivindicación pionera fue la promulgación en Gran Bretaña de diferentes leyes que limitaban formalmente la duración de la jornada laboral a doce y diez horas diarias. Primero para los niños —1833—, y más tarde para las mujeres —1844 y 1848—. Y así, movimientos análogos se extendieron por buena parte de Europa y América del Norte consiguiendo, mediante manifestaciones, huelgas y revueltas, ir ganando terreno hasta conquistar el objetivo de las ocho horas de trabajo diarias.

Precisamente la ciudad de Barcelona se convirtió a principios del siglo XX en el epicentro de esta reivindicación. Una protesta





local, que comenzó como respuesta a toda una serie de despidos y reducciones salariales en la principal empresa productora de electricidad de Cataluña —la Canadiense—, acabó derivando en una huelga general a la que posteriormente se sumaron trabajadores ferroviarios, del sector textil y de otras empresas de aguas, electricidad y gas. Finalmente, y tras 44 días de parón, el 3 de abril de 1919 el gobierno español aprobó por decreto la limitación de la jornada laboral a ocho horas diarias. Hecho que reconocía el poder negociador de los sindicatos, y convertía al país en pionero en materia de regulación y limitación del tiempo de trabajo.

En el ámbito internacional, ese mismo año, como parte de la Conferencia de Paz de París, se fundó la Organización Internacional del Trabajo —OIT—, integrada poco después bajo el paraguas de la Sociedad de Naciones, órgano antecesor de las Naciones Unidas. Este organismo jugó un papel clave en una coyuntura de lucha obrera creciente y auge del sindicalismo y del comunismo, acordando sucesivas limitaciones en la jornada laboral, hasta convenir, en 1935, la recomendación general de cuarenta horas semanales para todos los sectores económicos. Poco a poco, tanto en Europa como en los Estados Unidos, fueron redactándose nuevas leyes y reglamentos que delimitaban la jornada a ocho horas, fijaban nuevos días festivos, y decretaban el derecho a vacaciones remuneradas.

Mención a parte merece el caso francés, donde la reducción de la jornada de trabajo tomó fuerza desde mediados de los años 80 como un asunto central en el debate público. Esta efervescencia desembocó en la aprobación de diferentes normas legislativas —leyes Aubry y Aubry II, en el año 2000—, que impusieron la jornada laboral de treinta y cinco horas semanales. Por desgracia, la gran abundancia de excepciones, las autorizaciones para realizar horas extra adicionales y la complejidad a la hora de ejercer un control efectivo han imposibilitado que la medida haya tenido un efecto real.





EL FIN DEL TRABAJO

En este escenario de tensión dialéctica recurrente entre tiempo de trabajo y tiempo de vida, algunos autores, ya a comienzos del siglo XVI, pisaron el acelerador a la hora de plantear un horizonte de vida radicalmente distinto en el que el trabajo físico se eliminaría o minimizaría. Fue el caso del humanista Thomas More en su obra *Utopía* (1516), en la que se atrevía a especular sobre la organización ideal de una sociedad futura. More aseguraba que en el futuro la necesidad de trabajar podría ser minimizada gracias a la producción de bienes más resistentes, la limitación de la necesidad de poseer bienes superfluos y la distribución del trabajo imprescindible de forma equitativa e igualitaria entre la población.

De forma similar discurrió el revolucionario francés Paul Lafargue. En su obra más conocida, *El derecho a la pereza* (1833), denunció con contundencia los abusos del sistema económico capitalista, y apostó por enaltecer el ocio como instinto natural del ser humano. Lafargue defendía la limitación o eliminación del trabajo generalizando el uso de las máquinas y promoviendo la reducción de la jornada laboral. De hecho, llegó a proponer reducir el tiempo de trabajo a un máximo de tres horas diarias.

Estos autores no hicieron más que recuperar, en cierta manera, la idea clásica de la filosofía griega sobre el trabajo. Su contribución más importante fue actualizarla de manera práctica, comprensible e incorporando los avances técnicos y las problemáticas futuras que ya se vislumbraban aquellos días. De ese modo, y aunque sus posicionamientos no fuesen tan claros, Marx bebió también de estas ideas. Su afilada crítica al trabajo y a la sociedad capitalista ayudó a atisbar la posibilidad real de verse liberados de su sumisión, y resituar la estructura productiva al servicio de la comunidad. A lo largo del siglo XX, los avances científicos y la creciente automatización de la industria serían los vectores sobre los cuáles prendería todavía con más fuerza la idea de poner fin al trabajo humano. El célebre economista británico John Maynard Keynes, en su ensayo de entreguerras *Las posibilidades econó-*





micas de nuestros nietos (1932), se atrevió a pronosticar que los avances tecnológicos reducirían el tiempo de trabajo, posibilitando la reducción de la jornada laboral a quince horas semanales para el año 2030. También, de manera más reciente, el economista Jeremy Rifkin popularizó la idea del ocaso del empleo en su libro *El fin del trabajo* (1995). Desde entonces, los estudios y publicaciones sobre el impacto de la automatización y de las nuevas tecnologías en el trabajo se han multiplicado exponencialmente.

Todas estas ideas, abordadas desde una vertiente más práctica y puede que menos idealista, se han retomado en los últimos años por parte de la izquierda política y de los movimientos sociales progresistas. En el Reino Unido, proclamas como *Manifiesto para una política aceleracionista*, de Nick Srnicek y Alex Williams, han creado escuela y han logrado situar la idea de la reducción de la jornada en el centro del debate público. La automatización de la producción, la introducción de una renta básica universal y la reducción gradual del tiempo de trabajo se erigen, desde esta perspectiva, como elementos clave para superar los retos económicos, sociales y ambientales contemporáneos, y al mismo tiempo hacer posible una nueva idea hegemónica de la modernidad tras el capitalismo.

MÁS ALLÁ DEL HOMBRE BLANCO OCCIDENTAL

Si te fijas, hasta ahora hemos hecho un repaso histórico del trabajo como espacio de conflicto y transformación desde una perspectiva eurocéntrica y masculinizada. Por ello, cabe también preguntarse qué papel ha tenido el trabajo en otras sociedades diferentes a la nuestra, así como analizar la función de las mujeres y la influencia de la lucha feminista en la configuración de la percepción del trabajo que tenemos a día de hoy.

Con respecto a la primera cuestión, Andrea Komlosy, profesor de la Universidad de Viena, nos ofrece una interesante retrospectiva en su libro *Work: The Last 1.000 Years* (2018). En él, Komlosy aborda la historia del trabajo desde múltiples perspectivas, prestando especial atención a la evolución histórica de la terminología





y de los discursos vinculados al ámbito laboral en distintas partes del mundo.

A través de su investigación, constata que, por ejemplo, las lenguas indígenas no tenían en general un concepto homogéneo de lo que era o no era el trabajo. Raramente separaban las labores de subsistencia, cuidados o alimentación, de otras dirigidas al intercambio o al mercado. En este sentido, la noción de trabajo se parece a la europea a lo largo de la antigüedad, cuando todas las tareas se integraban como parte de la supervivencia de la unidad familiar. De ese modo, según Komlosy, el concepto de trabajo remunerado como actividad diferenciada del ámbito doméstico llegó a estos pueblos a través del colonialismo, siendo en este momento cuando, bien por imposición o bien por imitación, adoptaron las ideas occidentales sobre el trabajo.

Otro aspecto interesante que aborda el estudio del profesor vienes, es la evolución histórica de la pluralidad de conceptos, y la terminología con la cuál las distintas lenguas se refieren al trabajo. Desde las locuciones latinas *laborare* y *opus* —que separaban el trabajo mundano de las creaciones artísticas—, a las diferencias entre los términos anglosajones *labour* y *work* —que se refieren a la fuerza de trabajo en el primer caso, y al empleo en el segundo—, o sus equivalentes alemanes *arbeit* y *werk*. Komlosy demuestra cómo la noción de trabajo presenta diferencias en cada lengua —a veces muy sutiles—, y cómo no existe una definición completamente homogénea y compartida en esta materia. De hecho, si os fijáis, en este mismo texto estamos empleando el concepto «trabajo» u «empleo» casi como sinónimos, como le sucede a casi todo el mundo hoy en día, aunque en realidad estas palabras signifiquen cosas diferentes o excluyan, en el caso del término «empleo», las labores no remuneradas.

Por otro lado, una tendencia que hemos constatado a lo largo del capítulo es la creciente invisibilización del trabajo doméstico o reproductivo, desempeñado históricamente de manera mayoritaria por las mujeres. La aparición del trabajo asalariado fuera del domicilio familiar, así como sus implicaciones en términos éticos, religiosos o políticos, situó en un nivel inferior las labores de

